
Amnistía Internacional

COSTA DE MARFIL

LAS VOCES DE LAS MUJERES Y LAS NIÑAS, VÍCTIMAS OLVIDADAS DEL CONFLICTO



15 de marzo de 2007

Índice AI: AFR 31/002/2007

<http://web.amnesty.org/library/Index/ESLAFR310022007>

COSTA DE MARFIL

LAS VOCES DE LAS MUJERES Y LAS NIÑAS, VÍCTIMAS OLVIDADAS DEL CONFLICTO

A continuación se incluye una selección de testimonios que Amnistía Internacional recogió entre 2005 y 2006 de supervivientes de violación y agresiones sexuales cometidas en Costa de Marfil en el contexto de la crisis política y militar que vive el país desde el intento de golpe de estado del 19 de septiembre de 2002.

Se presentan como parte de la campaña de Amnistía Internacional para obtener atención médica integral, justicia y asistencia social y económica para las supervivientes de violación de Costa de Marfil. Todas las entrevistadas dieron permiso para que se contasen sus historias y se han cambiado todos los datos que pudiesen servir para identificarlas a fin de proteger su identidad. Puede encontrarse información adicional sobre la violencia sexual cometida por los combatientes de Costa de Marfil y sobre la difícil situación de las supervivientes de violación en otro informe de Amnistía Internacional titulado *Côte d'Ivoire: Targeting women: forgotten victims of the conflict* (Índice AI: AFR 31/001/2007), publicado de forma simultánea en marzo de 2007.

“Me violaron al menos 30 hombres.”

Sylvie, capturada por un grupo armado de oposición en el oeste de Costa de Marfil en abril de 2003.

“En abril de 2003 los rebeldes rodearon nuestro pueblo. Todo el mundo huyó. Yo no podía correr y me atraparon. Me llevaron a su campamento en Logoualé (a 450 kilómetros al noroeste de Abiyán), donde había unos 40 rebeldes. Algunos hablaban inglés. Tenían unos 30 prisioneros de los que 10 éramos mujeres. Les dijeron a los niños que nos vigilasen y se asegurasen de que no nos escapábamos. Por la noche vinieron siete de los rebeldes y me pegaron. Después me sujetaron por las manos y por los pies y me violaron sucesivamente. En total, me violaron al menos 30 hombres.

Al día siguiente me dijeron que hiciese algunas tareas para ellos y que les preparase comida. También violaron a las otras mujeres del campamento. Me separé de ellas porque al cabo de tres días los rebeldes me dejaron en la carretera. Desde entonces escupo sangre; me pegaron mucho cuando estuve allí. Tengo dolores en el útero y en la vagina. Aún no me he hecho ningún análisis porque tengo miedo de que muestren que he contraído alguna enfermedad”

“Me duele todo, especialmente el útero y la vagina...
Sufro a menudo pérdidas de memoria.”

Véronique, capturada por un grupo armado de oposición en el oeste de Costa de Marfil en noviembre de 2002.

“Cuando llegaron los rebeldes en noviembre de 2002, nos dijeron que no nos harían nada y que habían venido a derrocar al gobierno. Algunos llevaban uniformes militares y otros iban vestidos de *dozos* [cazadores tradicionales]. Sin embargo, poco después empezaron a entrar en nuestras casas y a llevarse a mujeres por la fuerza. Un día a finales de 2002, cinco de ellos vinieron a mi casa. Dos me violaron y otros dos violaron a mi hermana pequeña, de 19 años. Me llevaron a Grand Gbapleu, donde había al menos 200 rebeldes.

Habían capturado a 30 mujeres, algunas muy jóvenes. Hablaban francés y diulá; su francés era un poco raro. Nos dijeron que cocinásemos para ellos y mientras lo hacíamos las otras mujeres relataron cómo las habían violado y algunas contaron que les habían pegado cuando habían tratado de resistirse. Cuando averiguaron que se acercaban los lealistas [las fuerzas de seguridad del gobierno], se fueron al frente y las mujeres pudieron huir. Yo fui andando hasta Bongolo, después fui a Duékoué y luego llegué a Abiyán. Me hice el análisis y la ecografía, que me costaron 13.000 francos CFA (unos 20 euros). Me duele todo, en especial el útero y la vagina. La regla me dura dos semanas. El médico diagnosticó que tenía sangre coagulada y me recomendó una operación que es cara, cuesta 250.000 francos CFA (unos 380 euros). Sufro a menudo pérdidas de memoria.”

“Uno de ellos me oprimió la garganta para que no pudiese gritar
mientras otro estudiante me violaba.”

Elisabeth, estudiante de la Universidad de Cocody violada por miembros de la Federación de Estudiantes y Escolares de Costa de Marfil en junio de 2005.

“El 23 de junio de 2005 me encontraba repartiendo panfletos en la Universidad de Cocody, en Abiyán, en conmemoración del aniversario de la muerte de Habib Dodo, un alumno asesinado en el recinto universitario. Cuando terminé, fui a esperar al autobús para volver a casa. Estaba sentada en la parada del [autobús número] 85 cuando se me acercaron dos estudiantes que se presentaron como miembros de la Federación de Estudiantes y Escolares de Costa de Marfil (*Fédération étudiante et scolaire de Côte d'Ivoire, FESCI*), de la sección de la Facultad de Artes y Ciencias Técnicas. Otros dos estudiantes me observaban desde lejos, yo estaba con una compañera de clase. Los estudiantes me pidieron que les siguiese porque el general (el director de la FESCI en la universidad) quería hacerme unas preguntas. Me negué. Ellos dijeron que los acompañaría por las buenas o por las malas, así que me vi obligada a seguirles. Me estaban esperando tres estudiantes. Ellos llamaron al general,

quien les pidió que me condujesen a la sede, cerca de las palmeras. Una escolta de al menos diez estudiantes me acompañó.

Me hicieron preguntas sobre la Asociación General de Estudiantes y Escolares de Costa de Marfil (*Association générale des élèves et étudiants de Côte d'Ivoire, AGEECI*). Me negué a contestar a sus preguntas. Entonces me dijeron que estaba jugando con fuego y que en lugar de estar repartiendo folletos debería haberme quedado donde me correspondía, en casa, y buscar marido. Dijeron que mi nombre constaba en sus archivos, que ya habían preguntado a la gente sobre mí y que sabían donde vivía. Dijeron que tenían maneras de hacerme hablar.

Después me dijeron que me iban a encerrar en una habitación y me dieron golpes. Uno de ellos dijo que iba a ser un trabajo limpio. Había seis chicos en la habitación y dijeron que quien quisiera podía irse. Dos se fueron y cuatro se quedaron. El suelo estaba manchado de sangre y dijeron que era de uno de sus compañeros de clase y que estaban entrenados para matar. Uno de ellos me tiró al suelo. Intenté resistirme y durante el forcejeo a uno de los estudiantes se le cayeron las gafas al suelo y se rompieron los cristales. Estaba furioso. Me pusieron una bolsa de lona en la cabeza y uno de ellos me oprimió la garganta para que no pudiese gritar mientras otro estudiante me violaba. Los otros me sujetaban de pies y manos y me manoseaban. Aunque tenía la cabeza tapada me daba cuenta de que había estudiantes entrando y saliendo de la habitación. Registraron mi bolso y encontraron un carné de un trabajador de la Operación de las Naciones Unidas en Costa de Marfil (UNOCI). Dijeron que era una rebelde.

Al cabo de un rato su jefe les dijo que parasen y me pidieron que me fuese. Después supe que un amigo que me había visto había ido a avisar a la UNOCI, que dio la señal de alarma. Me acompañaron a la parada. Yo quería coger un *bacca* [un vehículo de 12 plazas] pero mis dos acompañantes dijeron que el general exigía que cogiese el autobús. No fui a casa porque durante el interrogatorio dijeron que lo sabían todo sobre mí y dónde vivía, así que me fui a casa de una amiga.”

“Sus amigos intentaron decirle que era demasiado vieja, pero insistió en que iba a violarme.”

Mireille, de 58 años, violada en octubre de 2002 en el oeste de Costa de Marfil por miembros de un grupo armado de oposición.

“En octubre de 2002, cuando empezaron los combates, yo estaba en el pueblo. Cuando oí los disparos, cundía el pánico entre la gente y yo me fui al monte. Soy mayor, no podía correr tan deprisa como los demás y me caí. Los rebeldes me alcanzaron y uno de ellos dijo que quería violarme. Sus amigos intentaron decirle que era demasiado vieja, pero insistió en que iba a violarme. Me tiró al suelo y me arrancó la ropa. Sus dos amigos me sujetaron las manos mientras me violaba y luego me dejaron allí. Me quedé tendida en el monte toda la noche y al día siguiente oí un

vehículo que esperé pudiera ayudarme. Era un vehículo de la Cruz Roja y sus ocupantes me dijeron que no tuviese miedo.”

“Ya no quiero vivir en Alepe, he dejado la escuela a la que iba.”

Catherine, escolar, violada por un miembro de las fuerzas de seguridad gubernamentales en Abiyán en marzo de 2006.

“El domingo 5 de marzo de 2006, salí con unos compañeros de clase. Fuimos a un *maquis* [un pequeño restaurante] y a las diez de la noche, cuando nos íbamos, algunos miembros del Centro de Mando de Operaciones de Seguridad (CECOS)¹ que estaban allí me invitaron a su mesa. Me dieron de beber whisky. Más tarde, una amiga que pasaba por allí se unió a mí y, cerca de medianoche, sugirió que pasásemos la noche en su casa. Algunos miembros del CECOS nos siguieron. Llamaron a la puerta. Me pidieron que me uniese a ellos y amenazaron con hacer ruido y romperlo todo si no obedecía. La madre de mi amiga no quería problemas y me aconsejó que saliese y fuese con ellos. Uno de los miembros del CECOS me dijo que pasase la noche con él. Le dije que estaba cansada pero no me hizo ningún caso. Me agredió y me desabrochó los pantalones, y creo que me desmayé. Cuando se fueron, los hermanos de mi amiga vinieron en mi busca y me llevaron al hospital, donde me enteré de que me habían violado.

Mi tío presentó una denuncia en el tribunal militar y declaré ante el comandante de brigada. Ya no quiero vivir en Alepe, he dejado la escuela a la que iba.”

“Me consideraba de su propiedad”

Constance, secuestrada en un pueblo del oeste de Costa de Marfil por un grupo armado de oposición.

“Los rebeldes ya estaban en nuestro pueblo antes de diciembre de 2002. En febrero de 2003 nos sorprendieron a mi hermana y a mí en la carretera del castillo sobre las cinco de la tarde, cuando volvíamos de visitar a nuestra abuela materna. Los rebeldes se dirigieron a nosotras en inglés y nos dijeron que nos subiéramos al vehículo. Nos negamos y se pusieron amenazantes. Mi hermana y yo estábamos de pie, una al lado de la otra. Uno de ellos disparó una bala entre nosotras para asustarnos y otro hizo varios disparos al aire. Amenazaron con matarnos si nos negábamos a entrar en el vehículo. Bajo amenaza, nos subimos y nos llevaron a Danane (a unos 600 kilómetros al noroeste de Abiyán), donde nos metieron en una casa grande, con varias habitaciones. Había 50 rebeldes; unos hablaban inglés, otros yacuba, guéré y diulá. Entre ellos también había algunos jóvenes de Costa de Marfil que estaban encargados

¹ Unidad que agrupa a fuerzas de la policía y de la gendarmería

de vigilar a las mujeres y las niñas. Éramos 15. Los que nos habían llevado allí se fueron de nuevo a Logoualé y volvieron poco tiempo después. Estábamos encargadas de sacar agua, recoger leña y cocinar. Nos mantenían continuamente bajo amenaza. Uno de los [combatientes] que me capturó, un liberiano, vino a la habitación en la que estaba. Me dijo que me desnudase. Me negué, así que me dio dos bofetadas y me tiró al suelo. Me puso una navaja en la garganta y en la otra mano tenía un revolver con el que me amenazaba. Me golpeó con la culata del arma. Se quitó la ropa y me violó tres veces; me consideraba de su propiedad. Dos semanas después nos mandaron a una tienda en el mercado de Man (a unos 500 kilómetros al noroeste de Abiyán) y nos escapamos.”

“Me hice el análisis y descubrí que soy seropositiva.”

Nadine, de 18 años, capturada a finales de 2002 o a principios de 2003 al oeste de Costa de Marfil por miembros de un grupo armado de oposición. Enferma de sida, falleció víctima de esta enfermedad en octubre de 2006.

“Mi familia no tiene dinero así que me enviaron a casa de la hermana de mi madre en un pueblo llamado Goho, cerca de Bongolo, a que aprendiera a coser. Cuando estalló la guerra me encontraba allí y huí. Los rebeldes me atraparon y me llevaron a su campamento. Había al menos 10 de ellos en la casa que estaban ocupando y también había siete prisioneros. Me pegaron para que aceptase. Me sujetaron de brazos y piernas mientras uno me violaba. El que me violó hablaba inglés. Durante una semana entera sufrí todo tipo de tratos. Al cabo de una semana uno de los rebeldes decidió que era demasiado pequeña. Me dejó en la ciudad y me separé de las niñas. Me hice el análisis y descubrí que soy seropositiva. Me han dado medicamentos. Me duele todo el cuerpo. A menudo tengo pérdidas de sangre, me duelen la vagina y el útero. No he tenido la regla desde las violaciones. He perdido mucho peso y me he quedado muy delgada.”

“Hacían todo lo que querían con nosotras.”

Isabelle, capturada en abril de 2003 y trasladada a un campamento por un grupo armado de oposición.

“Cuando los rebeldes llegaron a nuestro pueblo (Babli, cerca de Bongolo) en abril de 2003, huimos. Nuestros maridos ya habían huido y nos habían dejado con los niños. Nos agrupamos en un campamento y allí me encontré con otras cuatro mujeres. Los rebeldes vinieron y nos descubrieron allí, y nos obligaron a seguirles. Tenían un gran botín de los saqueos. A los niños y a nosotras nos utilizaron como porteadores. Cuando llegamos al campamento nos dijeron que les pertenecíamos. Había otras mujeres. [Los combatientes] hablaban diferentes idiomas como el lobbí, el yacuba, el moré y el francés. Nos dijeron que les hiciésemos de comer. Era difícil negarse,

hacían todo lo que querían con nosotras. Si una mujer se negaba a mantener relaciones sexuales llamaban a otros que les ayudasen y nos amenazaban. Dos rebeldes sujetaban a la mujer por las manos y otros dos por los pies mientras uno de ellos nos violaba. Lo hacían por turnos, a veces se sentaban sobre nuestras manos y pies mientras uno de ellos nos violaba. También nos daban golpes y palizas. Después de un tiempo se fueron al frente y escapamos. Aún no me he hecho análisis. Tengo dolores en el estómago y me viene la regla regularmente, sólo que ahora es negra. Antes era de otro color. Me cuesta [orinar] y cuando lo consigo me escuece muchísimo. También tengo mareos y dolores en el pecho.”

“Me dijo que no tenía elección: o mantenía relaciones sexuales con él o lo hacía con varios prisioneros.”

Fatou, mujer de Malí violada en un puesto de control por un miembro de las fuerzas de seguridad gubernamentales en mayo de 2005.

“Cuando llegué a Douékoué (a 450 kilómetros al noroeste de Abiyán) en mayo de 2005, la verdad es que no quería enseñar mis documentos de identidad porque mis amigos me habían advertido de cómo se comportan las fuerzas de seguridad con los extranjeros. Un soldado me pidió los papeles y le dije que no tenía. Me dijo que le siguiese y llevase las bolsas y me registró y encontró mis papeles. Cuando descubrió que era de Malí empezó a agredirme. El que me estaba registrando se llamaba X y me metió dos dedos en la vagina y luego se los limpió sobre mi cuerpo. Después se marchó.

El conductor que me esperaba se disculpó en mi nombre. Yo también me disculpé pero los soldados no hicieron ni caso. X volvió y me pidió que mantuviese relaciones sexuales con él. Le dije que no podía y me amenazó con encerrarme junto con los prisioneros, quienes no dudarían en violarme. Dijo que no tenía elección: o mantenía relaciones sexuales con él o lo hacía con varios prisioneros. Me llevó a rastras hasta un vehículo y fuimos a otro lugar. Me dijo que me lavase y cuando volví dijo que quería acostarse conmigo. Le supliqué pero me tiró al suelo y me violó y después me metió dos dedos en la vagina. Luego me dijo que entrase en el coche y mientras conducía me dijo que le hiciera una felación y me pegó hasta que lo hice. Después me sacó del coche, me desnudó y me sodomizó.

Era tarde, cerca de las once de la noche y no tenía dónde dormir. Me dijo que estaba casado y que no podía llevarme a su casa. Me llevó a un hotel en el que pasé la noche. Al día siguiente los dueños me dijeron que pagase la cuenta. Les dije que no tenía dinero y me echaron a la calle y se quedaron con mis bolsas. Encontré a un representante de la comunidad maliense en Costa de Marfil que me llevó a la comisaría de policía para que pusiese una denuncia.”

“Déjate follar zorra, son vuestros hombres los que están matando a nuestros familiares, vais a ver...”

Mary, refugiada liberiana violada por fuerzas de seguridad gubernamentales en Abiyán en octubre de 2002.

“Era el 27 de octubre, sobre las seis de la tarde. Llegaron dos camiones de hombres uniformados que empezaron a registrar todas las chozas. Dos entraron en la mía y me pidieron el carné de identidad. Asustada, dudé un momento y fui a mi cuarto a buscar mi carné. El más alto de los dos gendarmes –sabía que eran gendarmes porque llevaban uniforme de gendarmes y boinas rojas– me tiró en la cama y me dijo que me desnudase, amenazándome con un Kalashnikov.

Como intentaba resistirme el gendarme me dijo: ‘Déjate follar zorra, son vuestros hombres los que están matando a nuestros familiares, vais a ver...’ Le dejé que hiciese lo que quería porque no tenía manera de defenderme, y poco después hizo que lo sustituyeran diciendo ‘Te toca’. Los dos gendarmes me violaron sucesivamente entre risas.

Cuando acabaron su asquerosa tarea, me encerré con llave con la esperanza de poder escapar. Mientras registraban las chozas de mis vecinos, la mayoría de los cuales eran burkineses, hice un hatillo con todas mis cosas e intenté escapar por el patio. Pero, por mala suerte, me vieron un grupo de gendarmes que estaban dando una paliza a dos jóvenes burkineses que no tenían nada que darles.

Cuando me vieron me preguntaron a dónde iba. Contesté que iba a casa de una amiga. El que sujetaba la correa me agarró del pelo –yo llevaba largas trenzas– y me llevó a rastras hasta la habitación, donde me dijo que me diese prisa y me tumbase. Me bajó la ropa interior y me arrancó el corpiño. Cuando intenté resistirme agarrándome con fuerza a la cama, se me tiró encima y me tomó por detrás. Me sodomizó varias veces. Lloré hasta quedarme sin lágrimas. Grité para que sus compañeros se enterasen de que estaba en peligro. Pero eran mala gente. Atraído por el ruido, otro, muy joven, hizo lo mismo tomándome también por detrás. Disfrutaban viéndome sufrir de esa manera.

Mi salvación vino cuando uno de ellos les dijo que se pusiesen en marcha porque los camiones estaban ya llenos de gente que habían reunido y que tenían que irse.

Me quedé allí, aterrorizada, impotente y sin saber a dónde acudir.”